

La renuncia de Cela

EL párroco de Magacela (Badajoz), que había sido antes capellán de la cárcel de la capital de la provincia, don Santiago Lurueña, decía en su carta al transcriptor de los papeles de Pascual Duarte que "Para un servidor, que recogiera sus últimas palabras de arrepentimiento con el mismo gozo con que recogiera la dorada mies el labrador, no deja de ser fuerte impresión la lectura de lo escrito por el hombre que quizá a la mayoría se les figure una hiena (como a mí se me figuró también cuando fue llamado a su celda), aunque al llegar al fondo de su alma pudiese conocer que no otra cosa que un manso cordero, acorralado y asustado por la vida, pasara de ser". La familia de Pascual Duarte de Camilo José Cela no es, no pretende ser, un alegato contra la pena de muerte. Pero esta novela, escrita en el clima de violencia de los años de la inmediata posguerra, tiene, aparte de sus méritos literarios, el enorme valor de ser un intento de explicar las razones de la conducta de su personaje. "Nacido en una tierra ingrata, dura y ajena, ha dicho un crítico, antes de ser verdugo, Pascual fue víctima". Cela nos narra la historia de su personaje y de la familia de su personaje; nos describe el medio hostil en que ha tenido que vivir antes de convertirse en el criminal a quien la sociedad condenará a muerte. Con su actitud de ahora, Cela no hace más que ser coherente con las ideas que ya entonces le llevaron a proponer la comprensión por encima del odio reinante.

Como el lector sabe por la prensa diaria, el escritor y académico Camilo José Cela, al regreso de un viaje por Alemania, Francia y Bélgica, escribió una carta al director general de Cultura Popular para renunciar al cargo de presidente del Ateneo de Madrid para el que había sido propuesto. La carta no se hizo pública porque, como dijo el mismo Cela en sus declaraciones a un periódico, "las cartas son de quien las recibe y no de quien las escribe". Y añadía: "Desde luego, espero una contestación del señor de la Cierva, porque las cartas deben ser contestadas siempre". El motivo de la renuncia, según se decía en la carta, es, como se sabe, que el novelista siempre estuvo en contra de la pena de muerte. En una entrevista para "Diario de Barcelona", Cela decía que "soy enemigo de la pena de muerte por principio, porque tiene el grave defecto moral de su irreversibilidad".

Hablé por teléfono con Cela, que se encontraba en Málaga, el pasado sábado, no para que me confirmara este punto, sino para comentar con él ciertas pintorescas actitudes que su reacción ha despertado en algunas personas. Cela escribió en alguna ocasión acerca de lo que llamaba "confundir el orden con su máscara, con su mera apariencia". Decía que

esto "es actitud frecuente entre las gentes de orden, entre quienes llaman orden a lo que no es ritmo, sino quietud, y a fuerza de no distinguir entre el culo y las cuatro temporas, acaban tomando el rábano por las hojas". En mi conversación telefónica con Cela noté que no hacía mucho caso de algunos comentarios que se han oído estos días y que no estaba dispuesto a discutir con los que los habían hecho. Dijo que "discutir con esas personas es como ir por la calle y pegarle una patada a un niño". Estaba muy contento, en cambio, de las muchas cartas de apoyo y solidaridad que había recibido, y me contó que varias veces

a la letra de la declaración para decir que Cela no podía renunciar a un cargo que no tenía. Cela dirigió a los periódicos un telegrama diciendo que lo que él había hecho era renunciar a su candidatura. En realidad no había ninguna diferencia. Todo el mundo sabe que Cela no había sido nombrado aún, ni propuesto de una forma oficial para el cargo de presidente del Ateneo. Pero también sabe todo el mundo que la aceptación en principio del cargo por parte de Cela sirvió al señor de la Cierva para montar un número espectacular en su operación de "apertura cultural" y "atracción de intelectuales" que el señor de la Cierva tiene entre manos.

Un periodista, Pedro Rodríguez, que lleva en el diario "Pueblo" una sección con título de novela de Cela, "La colmena", llamaba el otro día al señor de la Cierva "el Mío Cid de la apertura cultural". Pedro Rodríguez es el moderno profeta de la apertura. Desde hace unos meses no hace más que anunciar cambios que van a dejar de un momento a otro a las instituciones tan renovadas y con la cara tan limpia que no vamos a conocerlas. Este periodista, que en otras épocas se distinguió por un estilo muy ágil y muy personal de hacer entrevistas, está tan exultante y disparado con esto de la apertura que dice frases tales como, por citar algunas de las que ha escrito a propósito de la renuncia de Cela: "Camilo José Cela, que consiguió la fama contando en novela una pena de muerte, ha pegado un portazo al Ateneo y al aperturismo cultural", o bien: "Estaba yo tan preocupado con los problemas de conciencia de Cela que he llamado a don Ricardo de la Cierva y le he preguntado si íbamos a rescatar al autor de Oficio de Tinieblas", con las que podría optar, con éxito, a un concurso consistente en decir, con el mínimo posible de palabras, el mayor número de despropósitos.

A estas preguntas contesta siempre el señor de la Cierva con tajantes afirmaciones de su hosco y un sí es no es iracundo carácter. El promotor de la candidatura de Cela para la presidencia del Ateneo dice ahora que "hay suficientes asuntos de importancia en el panorama español como para ocuparnos de tonterías". Del mismo tono

es la frase que decía a otro periódico el hombre que, según se dice, no hace mucho tomó un avión para ir a Londres en una "misión rescate" destinada a "salvar" a don Salvador de Madariaga: "Con las cosas que tenemos encima, el asunto Cela no es tan importante como para dedicarle un minuto".

En mi conversación con Cela, cuando hablábamos de estas y otras cosas, me decía: "En serio, les veo muy nerviosos". Y añadía: "Puedes decir que yo propongo al país que en vez de una copa de vino español, se sirvan paellas de distovagal".

■ LUIS CARANDELL.

SILLA DE PISTA

en estos días se le habían acercado en los restaurantes y lugares públicos personas a quienes él no conocía para darle las gracias.

La respuesta de Cela al director general planteó un problema, diríamos, terminológico, que el señor de la Cierva se apresuró a puntualizar. En la primera declaración de Cela, tal como la dieron los periódicos, se hablaba de "renuncia al cargo de presidente del Ateneo para el que había sido propuesto". El director general se agarró

